

presto á los infieles: el pueblo idólatra se habia conmovido muchas veces estando reunido en el circo, y en el anfiteatro se habian oido con mucha frecuencia estos clamores y amenazas: *Cipriano á los leones, á los leones Cipriano.*

Al santo obispo le importaba muy poco su seguridad personal; pero el interés de su Iglesia le decidió á retirarse, por no exasperar mas á los idólatras si seguía presentándose siempre con la misma intrepidez. Mas no estuvo ocioso en su retiro, pues unas veces escribia á sus sacerdotes, y otras á los confesores presos en las cárceles. «Os ruego, decía al clero de Cartago, que redobléis vuestro celo para que queden cumplidos mis deberes con los vuestros, pues se me precisa á estar ausente. No sean las presentes turbulencias causa de que sufra menoscabo la regularidad de la disciplina, ni se falte en lo mas minimo á los miembros indigentes de Jesucristo, no solo á los que padecen en las prisiones, sino tambien á todos los que permanecen constantes en la fé. Con mas especialidad todavia cuidad de las viudas, de los enfermos y de los forasteros: repartidles lo que deposité en poder del sacerdote Rogaciano, que yo, por si acaso la primera cantidad se hubiese ya consumido, he puesto otra en sus manos por medio del acólito Narico. Mas ya que nuestros pecados han sido causa de esta tempestad, nuestro principal cuidado debe ser el de desarmar la cólera divina con nuestros humildes ruegos; no basta la oracion, es menester tambien el ayuno y las lágrimas con todo género de penitencias. Tened valor por algun poco de tiempo, que la paz volverá á reinar bien pronto entre nosotros: no lo pongais en duda, y afirmadlo así á los hermanos, porque el Señor se ha dignado revelarlo al mas indigno de sus siervos. Lo que la detiene un poco es que quedan todavia algunos que probar. Entretanto

que nos la concede el Señor, decid á los hermanos que usen de precaucion en sus visitas de caridad á los confesores, y que no vayan muchos juntos á las cárceles. Cuidad tambien de que los sacerdotes que ofrecen en aquel lugar el augusto sacrificio, no concurren sino por turno y con un solo diácono, á fin de que la mudanza de personas escite menos sospechas. Y si muere allí algun confesor, aunque no haya padecido tormento alguno, rendid á su cuerpo una veneracion religiosa, y ponedle en el número de los Santos, notando con exactitud el dia de su muerte, para celebrar despues su memoria con la de los antiguos mártires. Nosotros, luego que llega aquí semejante noticia, ofrecemos el Santo Sacrificio, que esperamos ofrecerlo pronto en vuestra compañía.»

Escribiendo á los confesores manifestábales el cuidadoso obispo cuánto ansiaba disfrutar de su presencia, si posible fuera. «¿Qué puede haber para mí mas grato, dice, que besar esas manos puras cargadas de cadenas solo por haberse negado á rendir un culto impío, y esas bocas consagradas con una confesion gloriosa del nombre adorable de Jesus? No perdais de vista, ni por un momento, las ricas coronas que descansan ya, por decirlo así, sobre vuestras cabezas. ¡Dichosas tambien y mil veces dichosas las constantes mugeres que están con vosotros, y que con un valor tan varonil se han hecho superiores á la debilidad de su sexo! Y para que nada faltase á la gloria de vuestra confesion, el Dios de las victorias os ha dado tambien por compañeros algunos niños.»

Tambien San Gregorio el Taumaturgo, obispo de Neocesarea, se retiró con el objeto de dar á su pueblo un ejemplo mas de prudencia erística, porque como habia engendrado á todos los de su grey en Jesucristo, y todos por consiguiente eran nue-

vos en la fé, temia el sábio y tierno Pastor verlos empeñados, sin una disposicion bien marcada de la Providencia, en un combate superior á sus fuerzas. Mas Dios bendijo de tal modo sus tareas, que por una escepcion única y enteramente maravillosa en la formidable persecucion de Decio, ni un solo apóstata se vió en Neocesarea; y aun quiso el Señor mostrar con un particular milagro que aprobaba el retiro del santo obispo (1). Habíase refugiado á los montes y allí le persiguieron un crecido número de emisarios de la tiranía, de los cuales unos guardaban los pasos, otros recorrian los parages mas solitarios, y le buscaban con el mayor cuidado por los desfiladeros y en todos los parages ocultos, y registraban hasta los mas pequeños agujeros de las rocas. Parecia imposible en lo natural que dejasen de hallarlo; y efectivamente, pasaron veinte veces por delante de él, pero jamás le vieron. El principal gefe de la tropa, admirado de una cosa tan estraña, volvió solo á recorrer los mismos parages, y halló al Santo orando con su diácono, los dos inmóviles, en un lugar por donde el oficial acababa de pasar con su escuadra, y en el cual todos ellos no habian visto sino dos árboles. Echóse á los pies del Taumaturgo, se hizo cristiano, y nunca quiso despues separarse de su compañía.

Desahogaron los paganos toda su rabia en las ovejas de Gregorio, á muchas de las cuales sorprendieron en los mismos retiros en que se ocultaban; mas las fervorosas oraciones del obispo las sostuvieron y evitaron su ruina. Advirtieron un dia que de repente se inmutó en la oracion, y que pasado un momento se volvió á tranquilizar bendiciendo al Señor. Le preguntaron la

causa de aquellas súbitas mutaciones, y respondió que en la hora misma en que estaba hablando habia sido presentado al gobernador un jóven distinguido llamado Troadio, el cual despues de padecer muchos tormentos habia alcanzado la palma del martirio. Su diácono, que era aquel antiguo sacerdote de los ídolos de cuya conversion ya hemos hablado, tuvo la curiosidad de informarse de todas las circunstancias de aquel hecho, y halló que eran enteramente como el Santo las habia contado.

Retiráronse muchos fieles de todos paises á parages solitarios, y aun muchos huyeron hasta los inmensos desiertos de la Arabia, en donde murieron infinitos de hambre y de miseria; de cuyo número fué Queremon, obispo de Nicópolis, con toda su familia. Penetraron hasta lo mas escondido de la Tebaida algunos habitantes de Alejandria y de todo el Egipto; y el Señor, que volvia en bien de su Iglesia la malignidad misma de sus enemigos, dió así origen á la vida eremítica, que en los lugares mas incultos formó pueblos enteros de Santos.

El primero de estos ilustres solitarios fué Pablo, natural de la baja Tebaida, en donde vivia ya muy cristianamente, sin que ni su juventud, ni sus riquezas, ni su nacimiento distinguido fueran suficiente causa para que se precipitase en el desorden; antes por el contrario, no respiraba sino virtud: mas su humildad misma le infundió miedo de esponerse á los tormentos. Ocultóse al principio en una alquería, desde donde supo que su cuñado queria entregarlo á sus enemigos, para apoderarse de sus bienes, por cuya causa se internó mucho mas en el desierto; y allí, bajo la inmediata direccion del Espíritu Santo, halló en la meditacion de las cosas eternas tal dulzura que todas las posesiones de la tierra no hu-

(1) Greg. Nyss. in vit. Thaumaturg.

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO I.

bieran podido ofrecerle. Dios, que era el que le guiaba, hizo que encontrase una roca en cuyas entrañas la naturaleza había formado una especie de sala, á la que daba luz muy agradablemente una abertura que se advertía en la parte superior. Servía para apagar la sed al solitario una fuente pura y copiosa que brotaba en la misma montaña y formaba en el valle cercano un hermoso arroyuelo, y una grande palmera que cubría la entrada de su gruta, le proveía de alimento con su fruto, hasta que el Señor le mandó llevar por un cuervo un alimento mas conveniente á su avanzada edad. Esta es la habitacion en que Pablo, sin mas compañía que la de los mónstruos de Africa, habitó noventa y dos años, ageno de pesares y de inquietud. Muchas veces, despues de haber pasado toda la noche en oracion, sentía que la aurora viniese tan pronto á interrumpir sus dulces coloquios con el Señor. Representábase otras desde aquel puerto tranquilo la mar de las pasiones que agitan á las gentes del siglo; se lamentaba de la ceguedad de los mortales, lo cual le hacia tanto mas grata la dicha de su estado; tenía á gran fortuna vivir desconocido de todo el mundo, y disfrutaba con una humilde gratitud de los favores divinos y de su inocencia. Unicamente al gran San Antonio lo dió Dios á conocer; pero fué despues de haber pasado muchos años en aquella ignorada soledad, y solo poco antes de su muerte, acaecida en el año 342 y 413 de su edad.

Empero si la persecucion causó tantas ventajas á la Iglesia, tampoco podemos disimular que en diferentes lugares la llenó de dolor y confusion. Entre los cristianos de la afeminada y voluptuosa Alejandria hubo muchos apóstatas, especialmente entre las personas distinguidas y acomodadas: algunos de ellos corrieron espontáneamente á sacrificar á los ídolos, protestando que nunca habían sido cristianos; y efectiva-

mente, algunos nunca habían tenido el espíritu del cristianismo. Por desgracia su ejemplo seducía á otros muchos, de los cuales la mayor parte se acercaban al altar pálidos y trémulos, dando mas muestra de victimas que de sacrificadores; de modo que el mismo pueblo idólatra insultaba á su cobardía, porque veía patentemente que tenían á un mismo tiempo miedo de sacrificar y de perecer. Dejábanse otros llevar á la cárcel, y aun llegaban á sufrir con denuedo los primeros tormentos; mas renegaban despues sacrilegamente.

El escándalo fué mucho mayor en Cartago, y siempre entre los ricos. Hubo tantos que querian renunciar á la vez el cristianismo, que los magistrados se veían en la precision de dejar una parte de ellos para el dia siguiente; mas los sacrilegos apóstatas pedían como una gracia el ser admitidos los primeros, y aun se vió á varios llevar á sus hijos, sin pedirselos, y presentarlos al ídolo para borrar en ellos el carácter de Jesucristo. Con todo esto, la mayor parte de los delincuentes fué la de aquellos que, para evitar la vergüenza de una pública apóstasia, recibieron de los magistrados unos libelos ó cédulas para que no se les buscara, y de aquí vino el llamarlos *Libeláticos*, mirándose esta conducta como una profesion indirecta de la idolatría.

Mas no tanto estas caidas, ocasionadas por el miedo, quanto las relajaciones y verdaderos desórdenes en que incurrieron los confesores mas constantes é intrépidos, son lo mas extraño y aun lo mas incomprendible para cualquiera que no reflexione las inconsecuencias del corazón humano en sus procederés. San Cipriano escribía á algunos de ellos en los siguientes términos: «¡Qué vergüenza para la causa que defendeis! ¡qué desdoro contar entre vosotros á este intemperante y entregado á la embriaguez; á aquel locamente enamorado de su país, y

tan imprudente que se vuelve á él despues de haber sido desterrado; de modo que se espone á morir, no como cristiano, sino como refractario y contumáz! Hay otros que están hinchados de orgullo y vanidad. Y todavía es mas escandaloso que, estando recientemente santificados por una generosa confesion, olvidan las leyes sagradas del pudor, y profanan ó se esponen á profanar en sus personas los miembros de Jesucristo y los templos del Espíritu Santo. Y aun cuando su conciencia no les remordiese de incontinencia real, ¿no es ya por sí solo el escándalo un crimen enorme? ¿Y no lo es tambien la amargura de corazón y la envidia y las palabras injuriosas, y los arrebatos que tan frecuentemente se notan en vuestras asambleas?

Todavía afligió mucho mas á este santo y celoso prelado un abuso que se dirigía nada menos que á arruinar enteramente uno de los puntos mas capitales de la disciplina. La penitencia se hallaba á la sazón en el mayor vigor; siempre se la había considerado como indispensable y necesaria en su sustancia, mas su ejercicio público ó particular había pendido enteramente de los obispos en los tiempos primitivos, y solo pasados dos siglos, ó despues de la heregia de Montano, se observaron en esta materia algunas leyes determinadas y uniformes. En tiempo de San Cipriano se hallaban estas en toda su fuerza, y el celo de este Santo por una policia tan gloriosa á la Iglesia y tan útil á los mismos fieles no pudo ver sin sumo dolor que el respeto que se tenía á los mártires ocasionase la mas peligrosa decadencia en este punto; pues por sus recomendaciones, no solo se disminuía la satisfaccion impuesta á los libeláticos, sino que hasta los cobardes que habían idolatrado alta y espontáneamente, querían ser admitidos á la comunión ó reconciliacion solemne en virtud de ciertas

cédulas de recomendacion que á la fuerza sacaban de los mártires y confesores; porque cuando conducían á estos al suplicio, los esperaban al paso ó iban á buscarles á las cárceles, y con súplicas importunas y con lágrimas las mas veces fingidas les obligaban á concederles lo que llamaban una cédula de paz que decía: «que N. comunique con los suyos.» Tan grande era la veneracion en que se tenía á las santas victimas de Jesucristo, que se miraba su dictámen como si hubiese sido fallado por Jesucristo mismo; pero estas religiosas disposiciones cedían en menoscabo de la Religion, porque muchas veces los confesores concedían la paz con poco discernimiento de las personas, y de aquí dimanaba que el uso de la penitencia se iba aboliendo rápida y visiblemente.

Entre los fieles presos en Cartago había un tal Luciano que estaba en correspondencia con un cristiano de Roma llamado Celerino, y como este hubiese salido de la prision despues de haber confesado la fé delante del emperador, escribió al confesor de Cartago Luciano, su antiguo amigo, pidiéndole la gracia de la reconciliacion para dos mugeres que habían idolatrado. Logró mas de lo que pedía, porque Luciano respondió en términos espresos que quería que tuviesen la paz; y no solo estas dos personas, añadía, sino tambien aquellas á quienes sabeis se aplica nuestra intencion. Desde este primer paso dejóse llevar Luciano de la fogosidad de su espíritu ardiente y poco ilustrado: daba cédulas de paz á todos los apóstatas sin distincion; y viniendo á ser como gefe de faccion, las dictaba á nombre de los demás confesores, y con especialidad á nombre del de un mártir llamado Pablo, aunque ya hacia tiempo que había muerto, porque había mediado entre los dos una íntima amistad, y Pablo le había parecido muy inclinado á este género de indulgencia.